

Nosotros también conocimos aquí un prestamista indio que daba su dinero al veinte por ciento. La sepultura se lo tragó ya. El terrateniente no tolera ciertos cultivos, haciendo mucho más miserable la vida. El campesino recoge la boñiga seca y quemándola tiene fuego para hacer sus alimentos. Hay sin embargo un árbol—el babul—de crecimiento rápido que podría dar leña en abundancia. Pero el terrateniente impone su capricho infame y el indio ahuma en humo pestilente el bocado que la pobreza le repara. Y los monopolios. Infames explotaciones del Imperio. Y los impuestos. Exacciones inhumanas de ese Imperio anacrónico. La garra imperialista hundida en el suelo de la India por siglos no ha hecho más que explotar y debilitar. El analfabetismo cunde por todas las regiones. Los niños y los adultos son devorados por el hambre y por las enfermedades. El Imperio no tiene para procurar leche a los cuerpillos macilentos, ni para ofrecer el médico y la medicina. Obra tremenda la de los Imperios.

Gandhi ha salido de ese mundo de ruina. Cuando registra su nombre como pasajero de cubierta en el barco que guarda, en camarotes que cobran una fortuna, a príncipes de su raza, no hace sino decir al mundo que su pueblo sufre. Él mismo es corazón de ese pueblo oprimido. En torno a la Tabla Redonda los indios aliados del Imperio acatarán complacidos las órdenes que el amo dé. Gandhi, que no va a pactar la entrega de su pueblo, desentona, aparecerá lleno de estridencias. Ha dado su vida a la aspiración de libertad de su raza. Lucha contra dos fuerzas satánicas como son la del Imperio y la de los potentados. La Tabla Redonda lo oírá pedir que cese la explotación de las masas hambreadas dándoles, a la par que libertad política, libertad económica efectiva. Lo oírá sentar principios fundamentales para la grandeza y bienestar de la India, tales como creación de la educación primaria libre, control por el Estado de la usura, libertad para fabricar sal libre de impuestos, legislación protectora de las mujeres y niños obreros, reforma agraria radical. Principios fundamentales para la India. Cuando ya casi no queda pueblo que no disfrute de tales derechos, uno de los más grandes del mundo los reclama como base de su libertad.—¿Qué ha sido entonces de tanta civilización regada durante siglos por el Imperio? Gandhi pedirá, pero ¿dará el Imperio? Recordemos que el Imperio está formado por Inglaterra y por los nativos potentados y descastados. La Tabla Redonda no podrá entonces conceder lo que Gandhi pedirá. ¿Cuál solución tendrán los grandes problemas de carácter social que la India explotada tiene planteados al Imperio? La acusación de Brailsford contra el imperialismo de su nación termina con esta exclamación profética: "Volví de esas aldeas reflexionando en que en las mentes de sus campesinos se agitan los mismos pensamientos que en

1905, con poca consecuencia, y en 1918 con un impulso irresistible, pusieron en pie de guerra a los mujics de Rusia para barrer a sus terratenientes lanzándolos por el largo camino del exilio".

Desembarca Gandhi en Londres con sus

Juan del Camino

Limón y setiembre del 31.

A propósito de Bolívar...

(Viene de la página 151.)

La grandeza de Bolívar consiste en la propia intensidad de sus sufrimientos. Los que creen haber sentido grandes dolores en la vida, podrían confortarse en el ejemplo que les da Bolívar. El amor a los ideales es superior a todos los amores; por ellos el hombre deja hogar, familia, honores y riquezas. Como lógica consecuencia, sentir la ingratitud y el odio de quienes amamos, la inconsciencia o la estupidez de los pueblos a quienes se quiso redimir al precio de grandes sacrificios, es el colmo del dolor. "Colombianos, exclamó al final de su vida, mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: la reputación de mi amor a la libertad".

La grandeza de Bolívar está exaltada por la miopía de los pueblos que libertó. La historia informa que ni Páez, ni Santander, ni Flores, ni la mayoría de sus generales, a excepción de Sucre, se dieron cuenta de los ideales colectivos, presentes y futuros del Libertador.

No es efectivamente muy honroso para nuestra raza el premio que Bolívar tuvo en vida por sus heroicos sacrificios. Bolívar superior en esto también a Washington, dejó a su paso un semillero de hombres libres y naciones independientes, en tanto que Washington se contentó con la independencia de su pueblo faltándole arrestos para abolir la esclavitud. Pero Washington vivió y murió en medio de la gratitud y el respeto de sus conciudadanos. Fué, es y será "el primer en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos".

En resumen: Bolívar es el gigante de América. Bajo el peso de su grandeza, los Andes doblaron su ingente lomo como un dromedario. Es un exponente de su raza con todos sus vicios y sus virtudes. En él se reúnen Washington y Lincoln, el hombre de la independencia nacional y el de la libertad del ciudadano.

Es un genio múltiple, un diamante de mil facetas: un aristócrata en Madrid, un rebelde en el Vaticano, un tenorio en París. Escribe cartas desde Jamaica como un catedrático, dicta en La Angostura una constitución como un legislador; dá consejos a su sobrino como un pedagogo y lanza una proclama como Napoleón.

En el combate es un espadachín, un Brummell en los salones, un tigre en las batallas, un místico ante el altar. En Boyacá es una trompeta heráldica, una tempestad en Carabobo, una hoz en Junín, un centauro en Ayacucho.

dos cabritas lecheras y el torno de hilar, mientras su pueblo espera la liberación como obra de justicia. ¿Será este viaje conmovedor de Gandhi la última etapa de una lucha redentora contra las fuerzas del imperialismo británico?

Es todo un carácter. En el fragor del combate quita la silla a su potro para demostrar su resolución de vencer o morir. Ama al ejército en la guerra y al hombre civil en el Gobierno. Es bravo y generoso. En Ayacucho lo mismo carga a la cabeza de la caballería, que se quita su corona para darla a Sucre.

En el Monte Sacro es un inspirado, una cumbre en el Chimborazo y un torrente de elocuencia sobre el Potosí. Es un aerolito de polvo cósmico. Un sol esplendente ante un grupo de pueblos ciegos. De haber vivido en la antigüedad, habría tenido como Aquiles, un Homero y una Ilíada, o como Jano, una estatua de doble cara: una para recordar el pasado, otra para leer el porvenir.

Como Jesús cabalga en una mula, como don Quijote es caballero en su corcel. Tenía como Guzmán el Bueno el sentido del honor heroico, y, como César sintió sobre su pecho el puñal de sus propios hijos.

Fué un mártir y un santo.

Su gran amor fué para América, su gran culto la República, su gran ideal la Confraternidad Americana.

Pero por todo lo que fué, a Bolívar no se le agrada con ditirambos ni bronces ni banquetes en su honor, en tanto que la dictadura mande, la tierra sea conquistada, y la democracia se embrutezca en el vicio y la holgazanería. Él no quiere al ciudadano perseguido, ni al soldado rectificando a tiros de cañón las cercas del solar hispánico, llamado por él a ser uno; ni quiere el poder en manos de los más audaces sino de ciudadanos virtuosos, ni a la democracia vociferando de cosas que no entiende a falta de hábitos para el trabajo y el estudio.

Él quiere que la América sea dueña y señora de sus propios destinos sin intervención extraña, ni las premuras e impaciencias de otros pueblos por copiar una civilización que no ha de ser la suya. Él quiere íntegro para América el patrimonio material y espiritual que le tocó en suerte en el reparto del mundo; y este mandato del Libertador, por no estar cumplido, le toca a la juventud realizarlo.

Si Bolívar volviera a vivir, requeriría al punto su gloriosa tizona; haría sonar de nuevo los clarines heráldicos del Orinoco, y con lo más brillante de la juventud americana, tras el penacho de sus ideales, comenzaría de nuevo las épicas jornadas por la emancipación de América.

Manuel Sáenz Cordero

San José, Dic. 20 de 1930.